

ESOS GRACIOSOS SEÑORES

PERSONAJES (Por orden de aparición)

DON QUIJOTE	DAMA TAPADA
SANCHO	TRIFALDÍN
LA DUQUESA	CONDESA TRIFALDI
EL DUQUE	BRUTO 1
CRIADA (vieja) (de los duques)	BRUTO 2
CURA	HOMBRE 3
HOMBRE I	HOMBRE 4
HOMBRE II	MUJER 3
MUJER I	MUJER 4
MUJER II	MUJER 5
DIABLO	GANADERO
MAGO MERLÍN	Séquito, criados, labradores, etc.

(Dentro se oye un vocerío lejano de insultos y denuestos. Don Quijote, que está en escena sorprendido y a cubierto, otea con atención lo que sucede a lo lejos. Muestra caras de padecimiento por lo que ve. Si se pudiera, aparecería tras el telón de fondo el guiñapo de un muñeco al que unos bárbaros están manteando. Al tiempo, aparece Sancho, huyendo de la quema, que ha escapado de la trifulca que don Quijote observaba. Viene visiblemente magullado al cobijo de su amo, que de inmediato le socorre con mimos y cuidados amorosos. Lo tumba en el suelo, le da agua, le pasa trapos húmedos por la frente y la cara entre los quejidos y lamentos de su criado).

DON QUIJOTE.- No comprendo, Sancho, porqué el alcaide de aquel castillo y sus servidores se han enfurecido de tal manera que a mí me aporrearón anoche hasta molerme las costillas, y a ti te han lastimado de tal

manera que más pareces hombre muerto con vileza, que escudero de un caballero como yo.

SANCHO.- Desdichado de mí y de la madre que me parió, que no soy caballero andante ni lo pienso ser jamás, que de todas las malandanzas me tocan a mí siempre las partes peores. Mal haya yo y toda mi parentela.

DON QUIJOTE.- Calla y no te enojés.

SANCHO.- Deme agua, mi señor, que tengo la boca seca.

DON QUIJOTE.- Hijo, Sancho, no bebas agua, que te matará. Aquí tengo el santísimo bálsamo que de seguro te sanará.

SANCHO.- ¡No beberé otra vez de ese bálsamo! ¿Ha olvidado vuestra merced que yo no soy caballero, o quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedan de anoche y del manteo recibido por esos ladrones malditos? Guárdese su licor de todos los diablos y déjeme a mí, que yo mejoraré como pueda.

(Sancho bebe agua, se va recuperando de su apaleamiento hasta incorporarse y sentarse no muy cerca de su amo. Tras un largo y pensativo silencio, hablan.)

DON QUIJOTE.- Ahora comprendo, Sancho, que aquel castillo o venta en verdad está encantado, porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo manteándote, ¿qué podrían ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Te juro que si hubiera podido, hubiera acudido en tu ayuda para vengarte de la burla. Pero yo también estaba encantado y no podía coger la espada justiciera que me acompaña.

SANCHO.- También me hubiera vengado yo si hubiera podido, fuera o no fuera caballero. Pero no pude. Y tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados como vuestra merced dice, sino hombres de carne y hueso como nosotros. Y todos tenían sus nombres, según los oí nombrar mientras me volteaban; que uno se llamaba Pedro Martínez, y otro Tenorio Hernández, y al ventero llamaban Juan Palomeque. Así que, señor, si no pudo ayudarme, por otras causas sería, que no por encantamiento ni de vuesa merced ni de aquellos gañanes. Y lo que saco en limpio de todo esto es que de tantas aventuras que hemos buscado, solo nos han traído tantas desventuras que ya no sé ni cuál es mi pie derecho, y lo que sería mejor y más acertado, según mi poco

entendimiento, fuera volvernos a nuestro lugar ahora que es el tiempo de la siega, dejándonos de andar de la ceca a la meca como se suele decir.

DON QUIJOTE.- ¡Qué poco sabes, Sancho, de cosas de caballería! Calla y ten paciencia, que día vendrá en que veas por tus ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio. Si no, dime: ¿qué mayor contento puede haber en el mundo que vencer al enemigo ayudando a quien lo necesita?

SANCHO.- Así debe ser, aunque yo no lo sé. Sólo sé que desde que salimos de nuestra casa jamás hemos vencido batalla alguna. Bueno, sí... con el vizcaíno... y aun de aquello salió vuestra merced con una oreja menos. Después acá, todo han sido palos y más palos, puñadas y más puñadas... Y ahora mi manteamiento, del que no pude vengarme (*Acusadora y airadamente a su amo*) ni vuesa merced tampoco (*Con ironía*) por estar encantados. ¡Siempre el encantamiento! ¿Que casi se mata vuesa merced por luchar con los molinos? ¡Encantamiento! ¿Que le da la locura de ensartar ovejas con la lanza? ¡Encantamiento! ¿Que vacía odres de vino porque son gigantes? ¡Encantamiento! ¡Siempre encantamiento!

DON QUIJOTE.- Esa es la pena que tengo, amigo Sancho. Pero de aquí en adelante ya procuraré conseguir una espada hecha con tal maestría que no puedan hacerle ningún género de encantamiento. Una espada mágica como la de Amadís, que cortaba como una navaja y no había armadura que se le resistiera.

SANCHO.- ¡Eso! (*Con enorme ironía.*) Y soy tan venturoso, que cuando eso ocurriera y vuesa merced tuviera una espada semejante, sólo vendría a aprovechar a los caballeros andantes y no a sus escuderos. Como ese bálsamo que a vuesa merced le cura ¡por caballero! y a mí me hizo vomitar las entrañas hasta casi ver la muerte. ¡Como siempre! Los caballeros se libran de males y los escuderos perdemos. Como siempre.

DON QUIJOTE.- Sábetelo, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro. Todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien ya está cerca. Así que no debes congojarte por las desgracias que a mí me suceden, pues a ti no te cabe parte de ellas.

SANCHO.- ¿Que a mí no me cabe parte de ellas? ¿Cómo no? Al que anoche mantearon en la venta ¿era yo o era mi padre? O las alforjas que

perdí con el manteo ¿eran de otro o eran mías? ¡Claro que me tocan las desgracias en los desafueros en que se mete vuesa merced!

DON QUIJOTE.- *(Con sorpresa.)* ¿Qué te faltan las alforjas, Sancho?

SANCHO.- *(Ya con enfado.)* Sí que me faltan. Las perdí o me las quitaron.

DON QUIJOTE.- ¿De modo que no tenemos hoy para comer?

SANCHO.- Eso es. *(Con sorna.)* Pero en estos prados hay de esas hierbas que vuesa merced dice que conoce y que suelen comer en las desgracias los malaventurados caballeros andantes como vuesa merced. *(Pausa.)*

DON QUIJOTE.- Con todo esto, mejor tomaría yo ahora un cuarterón de pan y dos sardinas, que cuantas hierbas nos rodean *(Mirando alrededor. Pausa. Se levanta.)* Mas, como Dios es proveedor de todas cosas y alimenta a todos animales, deja, Sancho, que vea si en torno a nosotros encuentro algunas cosas que puedan servirnos de alimento. Seguro que habré de encontrarlas, que de todo han de saber los caballeros armados. *(Se aleja un poco de Sancho entrando y saliendo de escena.)*

SANCHO.- Deje, deje, señor, y no se apure, que no es cosa de que ande por ahí al peligro de alimañas. Aquí me queda un trozo de pan que podemos compartir como hermanos. *(Ap.)* Ahora soy el buen Sancho, como Lázaro, dando comida a su señor, que a buen corazón no me gana nadie.

DON QUIJOTE.- Que me place, Sancho, que me place. Y aquí podemos descansar en la floresta, que será como melecina para tu cuerpo molido ya que no quieres beber el bálsamo milagroso.

SANCHO.- No, señor, bálsamo no. Y mire vuestra merced y procuremos andar unas leguas por este campo hasta encontrar otra venta donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas que me den de puñadas, y en paz podamos comer un poco. Porque sabe vuestra merced que yo de mío soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias.

DON QUIJOTE.- Así haremos y encontraremos, que la ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear.

(Dama con azor en inequívoca actitud de caza y con traje campestre. La rodea un séquito indeterminado de servidores. Sus risas, movimientos y acciones denuncian ligereza y superficialidad. Aparecen –un tanto perdidos y sorprendidos- don Quijote y Sancho, que entran en escena como viniendo de algún lugar indeterminado, observan sorprendidísimos aquel, para ellos, extraño espectáculo hasta pararse a unos metros del grupo, que no aprecia la llegada de los dos extraños visitantes.)

DON QUIJOTE.- *(Que, atraído muy pronto por la elegante figura de la Duquesa, se dirige a Sancho.)* Corre, hijo, y di a aquella señora que porta el azor que yo, el Caballero de los Leones, deseo besarle las manos y ponerme a su servicio, si a ello me diera licencia. *(Casi como arrepintiéndose de haber hecho el encargo.)* Mira, Sancho, cómo hablas y ten en cuenta no ensartar algún refrán de los tuyos en la embajada que te mando.

SANCHO.- *(Ufano.)* ¡A mí con eso! Sabe vuestra merced cuántos servicios de estos le he hecho ante otras altas y crecidas damas.

DON QUIJOTE.- *(Sorprendido.)* Que yo sepa, Sancho, no conozco otro que el mensaje que llevaste a mi señora Dulcinea.

SANCHO.- *(Pensativo.)* Así es verdad; pero “al buen pagador no le duelen prendas”, y “el que puede es porque quiere”, y “en la casa llena presto se guisa la cena.”

DON QUIJOTE.- *(Enfurecido.)* ¡Eso, Sancho; más refranes!

SANCHO.- Quiero decir que no hay nada que advertirme, que bien lo haré; que “para todo tengo y bien me alcanza.”

DON QUIJOTE.- *(Ya sereno y mesurado.)* Así lo creo, Sancho, así lo creo. Ve..., ve y que Dios te guíe.

(Queda don Quijote en su espacio y va Sancho hasta el grupo de la señora con pasos un tanto cómicos.)

SANCHO.- Hermosa señora, aquel caballero que allí luce... *(Don Quijote, que no oye pero imagina la presentación, adopta una serie de ridículas poses, mientras todo el séquito mira y muestra ostensiblemente sus burlas ante la sorprendente figura. Tras una inicial sorpresa, la Duquesa se ríe con mofa y Sancho muestra, hasta ensimismarse, un ingenuo orgullo por la “apostura” ridícula, que muestra su amo.)* Aquel caballero que allí luce es

mi amo, y me envía a pedirle licencia para que venga a rendirse ante vuestra encumbrada altanería y hermosura, como corresponde a las costumbres de la caballería.

DUQUESA.- *(Con una sonrisa coqueta y cínica.)* Buen escudero, habéis dado la embajada con elegancia y buenas formas. Levantaos. Harta noticia tenemos acá, tanto de vos, como de vuestro amo, el Caballero de la Triste Figura. Levantaos y decid a vuestro señor que venga mucho en hora buena a servirse de mí y del Duque, mi marido, en una casa de placer cercana que poseemos. ¿Y no es ése el caballero que tiene como señora de su alma a una tal Dulcinea del Toboso?

SANCHO.- El mismo es, señora. *(Contento él por haber sido identificado su señor. Ahora Sancho se ensancha.)* Y yo soy Sancho, su escudero, para servirle.

DUQUESA.- Pues id y decid a vuestro apuesto amo que él sea bien llegado, y que ninguna cosa me pudiera venir que más contento me diera.

(En este instante ocurren dos acciones paralelas en escena. A: Sancho llega a don Quijote y narra con alborozo el éxito de su embajada e invita a su amo a presentarse ante la dama, narración de la que sólo se oye el final: “Vaya, mi señor, que es como una reina”. Y B: se acerca el Duque a la Duquesa y ella, siempre riendo, maliciosamente habla al oído algo de lo que sólo se oye “... los llevamos con nosotros y los usamos de divertimento. ¡Son tan ridículos!”)

(Baja don Quijote del caballo. Sancho le ayuda a componerse. Al fin, va hacia la Duquesa, pero cuando está cerca de ella, se le cruza la espada entre las piernas, da un traspiés, se le baja la visera de la armadura y cae estrepitosa y ridículamente al suelo boca arriba –como una tortuga– luchando infructuosamente por darse la vuelta y poderse levantar, surgiendo las despectivas y ofensivas risas de los Duques y su séquito. Por fin se levanta con la ayuda de Sancho, y, renqueando, se acerca a los Duques.)

DUQUE.- *(Siempre entre risas de burla.)* Me pesa, Caballero de la Triste Figura, el incidente. Pero sea bienvenido.

DON QUIJOTE.- Agradezco, señor, su bienvenida. Y no tenga lamentaciones, que yo, caído o levantado, a pie o a caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la Duquesa, digna consorte vuestra y universal reina de la hermosura.

DUQUE.- Pasito, mi señor don Quijote, que, adorando a su señora Dulcinea del Toboso, no es razón que se alaben otras hermosuras.

SANCHO.- *(No pudiendo reprimirse.)* No se puede negar que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso, pero “donde menos se piensa se levanta la liebre”; y “a buen entendedor, pocas palabras.” Que es la naturaleza como el alfarero: que si se hace un botijo hermoso, pues puede hacer dos, o tres, o ciento igual de hermosos. Digo esto porque a fe que mi señora la Duquesa en hermosura no va a la zaga de mi ama, la señora Dulcinea del Toboso. Lo digo yo. Lo digo yo.

DON QUIJOTE.- Ya comprende vuestra excelencia que ningún caballero andante tuvo nunca un escudero más hablador ni más gracioso que el que yo tengo. Mas es verdad todo lo que dice; que mi señora Dulcinea, flor de la fermosura, es alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas.

DUQUESA.- Caballero, estimo en mucho a su criado; que si es gracioso, es discreto; que las gracias y los donaires no asientan en cabezas torpes.

DON QUIJOTE.- ¡Pero es muy hablador!

DUQUESA.- Pues tanto mejor; que muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras. *(Pausa.)* Y digo que nos acompañen a un castillo mío que está aquí cerca, donde se le hará a usted el acogimiento que a tan alta persona se debe justamente, como hacemos el Duque y yo a todos los caballeros andantes que a nosotros llegan. *(Todos van saliendo, excepto la Duquesa, que dice APARTE.)* No es, en verdad, un castillo, lo que el Duque y yo tenemos en aquel paraje, sino una lujosa casa de placer. Y menos mal que un mensajero se adelantó para dar orden a todos los criados, de parte del Duque, del modo que han de tratar a don Quijote y Sancho cuando lleguen a casa.

(Salen todos de escena por un lateral, y mientras aparecen por el otro lateral, la escena se llena de alfombras, espejos telas. Llegan los invitados.

Unas doncellas ayudan a don Quijote a quitarse la armadura, quedando éste con sus calzones estrechos y su camisa, seco, alto, con mirada turbia y sorprendida; figura penosa, que provoca las risas disimuladas de todos los asistentes. Las criadas entregan sendas camisas de hilo fino a don Quijote y Sancho. Entran los duques y unos criados vierten pétalos de flores y aguas olorosas sobre los Duques, el Caballero y su Escudero, entonando cánticos.)

VOCES.- ¡Bienvenidos sean nuestros caminantes! ¡Bienvenido sea la flor y nata de los caballeros andantes! ¡Gloria a nuestros invitados!

SANCHO.- *(Dirigiéndose a una de las criadas protagonistas del recibimiento.) (APARTE.)* Señora, en la puerta dejé mi jumento, que es medrosillo y no está acostumbrado a lujos como los presentes. ¿No podría vuestra merced preocuparse de él para que no sufriera ningún mal?

CRIADA.- *(APARTE.)* Andad mucho, norabuena, que las dueñas de esta casa no estamos acostumbradas a semejantes haciendas, que de mí no podréis conseguir sino una higa.

SANCHO.- *(APARTE.)* ¡Y que será bien madura! Digo esto por lo años que tiene.

CRIADA.- ¡Hijo de la gran puta! ¡Si soy vieja o no, a Dios le daré cuenta, que no a vos, bellaco, hartos de ajos!

DON QUIJOTE.- *(Interviene enérgico.)* Dime, truhán y majadero, ¿parécete bien afrentar a una dueña de estos dignísimos señores, que con tanto amor nos están tratando? Por Dios, Sancho, que te reportes, que si tú muestras tu origen de grosero y villano, y tu condición de mentecato gracioso, ellos creerán que yo soy un espantagallinas. No, no, Sancho; refrena la lengua y advierte que hemos llegado a donde podemos ganar en fama y hacienda.

SANCHO.- Prometo, mi señor, coserme la boca y morderme la lengua. Y no se enfade conmigo, que me entristece. Todo ha sido por mi rucio; porque bien sabe vuestra merced que le quiero como a mi hija Sanchica.

(Al pronto, entre música y canciones, criadas y sirvientes visten ridículamente a don Quijote con un manto escarlata sobre el jubón, colocándole un pañuelo verde a modo de montera, además de ceñirle el cinto con la espada, que él acepta con ritual caballeresco. Mientras, se monta una mesa a la que se sientan los Duques y un clérigo, incorporándose inmediatamente don Quijote y Sancho.)

DUQUE.- *(Con satisfacción y gozo.)* Estemos en paz y gocemos de esta cena, que un convite moderado y de personas cuerdas, como, a Dios gracias, somos los presentes, no solamente es permitido sino alabado como necesario y provechoso, porque, como dicen algunos, en estos se multiplica el amor y la amistad, no hay murmuraciones ni mentiras, y, muy al contrario, sí pláticas honestas, virtuosas y convenientes.

CURA.- Muy bien habla el señor Duque, que convites hay en los cuales no hay cosas reprehensibles, excesivas o deshonestas como Cristo Nuestro Redentor nos mostró y autorizó, pues tuvo a bien hallarse en algunos de estos convites y aun hacer milagros en ellos, y la Sagrada Escritura está llena de convites santos y buenos. Y a lo que decís, señor Duque, san Jerónimo no reprende al clérigo que es convidado sino al clérigo convidador y pródigo.

DON QUIJOTE.- Que me placen las palabras y apruebo cuanto dicen vuestras mercedes. *(A Sancho.)* Aprende, Sancho, cuánta sabiduría y buen hablar muestran estos señores, y más este clérigo al que ya respeto y tengo afecto.

DUQUE.- Pero hay un precepto a cumplir en todo convite: para bien de los presentes y honra de Nuestro Señor, si hubiere un clérigo entre los comensales debe bendecir los alimentos.

CURA.- Me honra, señor Duque, me honra. Y así lo haré a grandeza de Dios, que estas piernas de jabalí, estos tordos y este pavo con higos merecen tal bendición de la Santa Madre Iglesia. *(Bendice.)* Y así, pues, comamos, señores, comamos, que la abstinencia es contraria al buen sentido y enemiga de las buenas razones, como decían los latinos.

(Toda esta conversación la observan don Quijote y Sancho con cierta turbación pero con placer y gozo. Sancho está ensimismado contemplando los alimentos expuestos en la mesa y pretende, con disimulo, coger alguno, cosa que don Quijote le impide. Por fin, todos comienzan a comer con buenos modales, menos el Cura, que se muestra glotón y tousco.)

DUQUESA.- Y decidme, buen Caballero, ¿cómo está su señora la sin par Dulcinea del Toboso?

DON QUIJOTE.- Señora mía, mis desgracias nunca tendrán fin. Gigantes y malandrines he vencido en mil batallas a favor de menesterosos, y siempre le he enviado con unos u otros noticia de mis victorias. Pero ¿dónde la habrían de encontrar si ha sufrido encantamientos que la han vuelto en la más fea labradora que imaginarse puede?

(El Cura, en oyendo esto, comprende al instante que aquel estafalario personaje que dice aquellos disparates no puede ser otro que el conocido don Quijote de la Mancha, y, con cólera, se dirige al Duque diciéndole.)

CURA.- Señor mío, vuestra excelencia tiene que dar cuenta a Dios Nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este don Quijote, o don Tonto, o como se llame, debe tener más cuidado en lo que dice; y vuestra excelencia no debe animarle ni darle ocasiones para que lleve adelante y cuente toda su ristra de sandeces y locuras. *(Se dirige don Quijote.)* Y vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante, que vencéis a gigantes o que prendéis a malandrines? Andad norabuena, volveos a vuestra casa, curad de vuestra hacienda y dejad de andar vagando por el mundo dando que reír a cuantos os conocen y no os conocen. ¿En dónde, pesia a tal, habéis vos hallado gigantes o malandrines en La Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda esa caterva de simplicidades que de vos se cuentan?

(Don Quijote atiende atónito y sorprendido a las razones del clérigo, y, sin guardar respeto a los Duques, se va transformando conforme lo va escuchando: el semblante iracundo, los ojos salidos de las cuencas, el rostro alborotado, tembloroso y con turbada lengua habla.)

DON QUIJOTE.- Por estar en el castillo de los Duques, intentaré contestar con sosiego a las infamias que me ha lanzado vuestra merced. Porque el haberme reprendido en público tan ásperamente y el haberme dado tantos consejos, que yo no le he pedido, exige una respuesta quizá mayor de la que voy a darle. *(Pausa.)* No está bien, sin tener conocimiento del pecado, llamar al pecador mentecato y tonto sin más ni más. Ni está bien condenarme y mandarme a mi casa con mi familia. Por muy eclesiástico que sea, ¿no hay más sino a trochemoche entrarse en gobernar vidas ajenas sin haber visto otro mundo que cuatro libros de religión y dos parroquias? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los altamente nacidos o los magníficos y generosos, tuviéralo por afrenta irreparable; pero que me digan sandío gentes como vos, nada me importa. ¡Nada! Yo soy don Quijote, luz y espejo de la caballería manchega, y busco amparar doncellas, defender viudas, y socorrer a huérfanos y menesterosos. Caballero soy y caballero he de morir. Unos van por el ancho camino de la ambición, o de las conquistas militares, o de medrar a cualquier precio, o el de hurtar al pobre. Pero yo voy por la senda angosta de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda y los bienes terrenales, pero no la honra. He castigado a malignos y ayudado a necesitados, y no me arrimo a los poderosos buscando halagos o prebendas. Yo soy yo. *(Silencio violento.)*

SANCHO.- ¡Bien, por Dios! No diga más mi señor en su defensa. Que no hay más que decir ni que pensar, que “a palabras necias, oídos sordos”.

CURA.- *(Aún más sorprendido.)* ¿Por ventura sois vos, hermano, aquel Sancho Panza a quien vuestro amo tiene prometido el gobierno de una ínsula?

SANCHO.- *(Con firmeza.)* Sí soy. Y soy quien la merece como otro cualquiera, que, aunque pobre, soy cristiano viejo y no debo nada a nadie, y si ínsulas deseo, otros desean cosas peores, y si cada uno es hijo de sus obras, puedo venir a ser Papa, cuanto más gobernador de una ínsula; y más pudiendo ganar tantas mi señor que no tenga a quien darlas, que “a quien buen árbol se arrima, buena sombra le cobija;” y yo he sabido arrimarme a un buen señor.

DUQUE.- *(Embaucador.)* Pues yo, Sancho, con permiso de don Quijote, haré realidad esa promesa, que soy dueño de una ínsula de no pequeña calidad y tamaño.

CURA.- *(Aparte.)* ¡Jesús! ¡Por el hábito que visto que no puedo creer lo que veo y oigo, que estoy por decir que es tan sandío el Duque como estos locos!) ¡Quédese vuestra excelencia con sus... invitados, que yo me voy a mi casa con tal de no oír más disparates! ¡Bien dicen que un loco hace ciento! *(Se levanta de la mesa y se va airado.)*

(Don Quijote y Sancho quedan atónitos por el enfado del cura; y los duques, sorprendidos por no haberse percatado el Cura de la burla que hacían a los estrafalarios personajes recién llegados.)

SANCHO.- ¿Ha visto mi amo? Voy a hablar con la Iglesia y le voy a preguntar cuál es el motivo del enfado, y averiguar porqué dice eso de que estamos locos, que uno, aunque sea criado, bien entiende de ofensas.

DON QUIJOTE.- A fe, hijo mío, que no debes enfadarte; pero ve con Dios y pregunta al eclesiástico tus dudas y enfados, que aquí quedamos nosotros hablando de cosas superiores.

(Sale Sancho. Hay un corto silencio. Don Quijote sigue en grotesca conversación con los presentes, que ya muestran descaradamente sus burlas. De pronto irrumpe la algarabía de un grupo que entra en la sala. Son criados portando estropajos, escobas, bayetas, trapos y cepillos, y unos cubos con agua manifiestamente sucia con la que van mojando la cabeza y ropa de Sancho.)

DUQUESA.- *(Con evidente sarcasmo.)* ¿Qué es esto, hermanos? ¿Qué queréis con este buen hombre? ¿No veis que estáis tratando con el electo gobernador de una ínsula?

HOMBRE 1.- ¡Va como un puerco!

HOMBRE 2.- ¡Huele como una oveja!

MUJER 2.- ¡Con la ropa se puede hacer un puchero!

MUJER 1.- ¡No quiere dejarse lavar las barbas!

SANCHO.- *(Colérico.)* ¡Sí quiero! Pero querría que fuese con instrumentos más limpios, con lejía más clara y con manos no tan sucias. Las costumbres de los palacios como éste son buenas si no dan pesadumbre, que a unos lavan con agua de ángeles y a mí con lejía de diablos. Yo estoy limpio de barbas, y al que llegare a tocarme un solo pelo de la cara, le daré tal puñada, que le dejaré el puño engastado en los sesos. Que estas tales cirimonias y jabonaduras más parecen burlas que gasajos de huéspedes.

DUQUESA.- *(Con cínica risa.)* Sancho Panza tiene razón. Dejadlo, que yo pediré al Duque que lo más presto que pueda, cumpla la promesa del gobierno de la ínsula. *(A Sancho.)* Ya sabe el buen Sancho que lo que promete un caballero procura cumplirlo aunque le cueste la vida. Y el Duque mi señor cumplirá la palabra del prometido gobierno de la ínsula lo más presto que pueda.

SANCHO.- ¡Gracias, mi señora! Si Dios me ayuda y yo hago lo que debo, sin duda que gobernaré mejor que un gerifalte. Y así estoy tranquilo y si usted no manda otra cosa, bien querría ir a descansar, que me duele todo el cuerpo de cabalgar. *(Anda para irse.)* ¡Ah!, ¿y podría mandar a alguien el cuidado de mi asno, que es la lumbré de mis ojos?

DUQUESA.- ¿Tu asno? *(Con sorpresa y ya con ironía.)* Descuida que así lo haré. Iré a la cuadra y lo cuidaré yo misma como a la niña de mis ojos. *(Siempre con una ofensiva expresión de burla.)* Ande, amigo Sancho, y descanse del fatigoso día, que esta noche hemos de ir al campo a intentar alguna caza como corresponde al ejercicio de nobles y príncipes.

(Salen todos en medio de una mutación musical. Silencio nocturno seguido de un ruido de tambores y cornetas de guerra, como si viniesen muchas tropas de caballería. Trasiego de gentes. Griterío de combate. Admirase don Quijote, y Sancho tiembla de miedo mientras el Duque y la Duquesa

fingen pasmo y sorpresa. De pronto, se les aparece un hombre con traje de demonio.)

DUQUE.- ¿Quién sois? ¿A dónde vais? ¿Qué gente guerrera es ésta, que puebla y turba el monte?

DIABLO.- *(Con voz desagradable e impostada.)* Soy el Diablo, y vengo con una tropa de encantadores en busca de don Quijote de la Mancha. Traemos encantada a Dulcinea del Toboso y quiero decir a su enamorado cómo ha de hacer para desencantarla.

(Más ruidos infernales. Aparece el mago Merlín.)

MERLÍN.- Yo soy el mago Merlín, hijo del diablo.
Yo soy Merlín, aquel que las historias dicen que tuve al diablo por mi padre; mas soy de condición blanda y tierna y amigo de hacer bien a todas gentes. A las cavernas lóbregas de Dite llegó la voz doliente de la bella y sin par Dulcinea del Toboso y, entre llantos doloridos y espantosos, supe su encantamiento y su desgracia y su transformación de gentil dama en rústica aldeana, y por eso vengo a dar el remedio que conviene a tamaño dolor, a mal tamaño. ¡Oh, tú, gloria y honor de cuantos luchan por causas justicieras con valor, luz y farol, sendero, norte y guía! A ti, alabado, a ti, invicto y alto juntamente y discreto don Quijote, de La Mancha esplendor, de España estrella, que para recobrar su estado primo la sin par Dulcinea del Toboso, es menester que Sancho tu escudero se dé tres mil azotes y trescientos en ambas sus redondas posaderas al aire descubiertas, y de modo que le escuezan, le amarguen y le enfaden. Y a esto es mi venida, mis señores.

SANCHO.- ¡Voto a tal! ¡Válete el diablo qué modo de desencantar! ¡Yo no sé qué tienen que ver mis posaderas con los encantos! ¡Por Dios, que si el señor Merlín no halla otra manera de desencantar a la señora Dulcinea del Toboso, por mí encantada se podrá ir a la sepultura!

DON QUIJOTE.- (*Resuelto, digno y ofendido.*) Tomaros he yo, don villano, harto de ajos, y amarraros he a un árbol desnudo como vuestra madre os parió. Y no digo tres mil y trescientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien tirados que os caerán seis mil jirones de piel. Y no me repliques, que te arranco el alma.

MERLÍN.- No ha de ser así, que los azotes que ha de recibir el buen Sancho han de ser por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere. Aunque él bien puede elegir que se los dé una mano ajena.

SANCHO.- ¡Ni ajena ni propia! A mí no me ha de tocar ninguna mano. ¿Parí yo, por ventura, a la señora Dulcinea del Toboso? El señor mi amo, sí, que es parte suya, pues la llama a cada instante “mi vida” y “mi alma”. Mi amo se azote y haga todas las diligencias para su desencanto. Pero ¿azotarme yo? ¡*Abernuncio!*

DAMA TAPADA.- ¡Malaventurado escudero! ¡Corazón de alcornoque! ¡De entrañas de guijarros! ¡Desuellacaras! Si te mandaran tragarte diez sapos, cinco lagartos y dos culebras; si te dijeran que mataras a tu mujer y a tus hijos con cuchillos cachicuernos, no fuera maravilla que te mostraras esquivo y melindroso. Pero hacer remilgos a tres mil azotes espanta a las almas piadosas de los presentes. Miserable animal, mira mis ojos y veraslos llorar hilo a hilo haciendo surcos por mis hermosas mejillas. Muévate, monstruo, que mis años en flor, pues tengo veinte, se consumen y marchitan debajo de la corteza de una rústica labradora. Pon en libertad la lisura de mis carnes, la belleza de mi cara y la mansedumbre de mi condición; y si por mí no te ablandas, hazlo por este pobre caballero, por tu amo, a quien estoy viendo el alma que la tiene atravesada en la garganta esperando tu respuesta para salirse de la boca.

DON QUIJOTE.- (*Al Duque.*) Por Dios, señor Duque, que mi señora Dulcinea ha dicho toda la verdad; que aquí tengo el alma atravesada en la garganta como una nuez de ballesta.

DUQUESA.- Bueno, ¿y qué decís vos a esto, Sancho?

SANCHO.- Digo, Señora, lo que tengo dicho: que de los azotes *abernuncio*.

DUQUE.- *Abrenuncio* habéis de decir, amigo Sancho. *Abrenuncio* y no *abernuncio*; que el futuro gobernador de una ínsula debe tener un lenguaje correcto.

SANCHO.- ¡Déjeme vuestra grandeza, que no estoy agora para mirar en sutilezas ni en letras más o menos, porque me tienen tan turbado estos azotes que me han de dar; o me tengo que dar, que no sé lo que digo ni lo que me hago! Pero querría yo saber de la señora Dulcinea del Toboso adónde aprendió el modo de rogar que tiene. Viene a pedirme que me abra las carnes a azotes, y llámame alma de cántaro y una tiramira de malos nombres, que el diablo los sufra. ¿Por ventura vame a mí algo que se desencante o no? ¿Qué canasta de ropa blanca, de camisas y de escarpines, aunque no los gasto, trae delante de sí para ablandarme? No, no, sino un vituperio tras otro sabiendo aquel refrán de “dádivas quebrantan peñas”, o “un asno cargado de oro sube montañas”, o que “más vale un toma que dos te daré”. Y además de esto el señor mi amo, que habría de halagarme para que yo me hiciese de lana y de algodón, dice que si me coge, me amarrará desnudo a un árbol y me doblará el lomo con los azotes. Y habrán de considerar vuestras mercedes que piden que se azote no solo a un escudero, sino a un futuro gobernador. Estoy reventando de pena por ver mi sayo roto y vienen a pedirme que me azote por la señora Dulcinea.

DUQUE.- Pues digo en verdad, amigo Sancho, que si no os ablandáis más que una breva madura, no podréis ejercer el gobierno de la ínsula. ¡Bueno es que yo enviase a mis insulanos un gobernador cruel con entrañas de piedra que no se rinde ante las lágrimas de afligidas doncellas ni los ruegos de discretos señores o antiguos encantadores! En resolución, Sancho, que o vos os azotáis, o a vos os azotan, o no seréis gobernador de ínsula alguna.

SANCHO.- *(Llorando con sorpresa y miedo.)* ¡Por Dios, señor Duque, por Dios! *(Pausa. Gestos de aflicción.)* ¿Y no se me darían dos días de término para ver lo que más me conviene?

MERLÍN.- ¡No! Agora ha de quedar asentado lo que ha de ser de este negocio. O Dulcinea sigue en su estado de labradora ruda, o se le quita el encantamiento y vuelve a ser la dama gentil que enamoró a don Quijote.

DUQUESA.- Ea, buen Sancho, aceptad la azotaina y agradeced así los favores que os ha hecho siempre vuestro señor don Quijote. Dad el sí, que un buen corazón quebranta una mala ventura.

MERLÍN.- Acabad de dar el sí a la disciplina y creedme que os será de mucho provecho: para el alma, por la caridad con que lo hacéis; y para el cuerpo, porque sois de complexión sanguínea y os hará bien sacaros un poco de sangre.

SANCHO.- ¡Muchos médicos hay en el mundo! Hasta los encantadores son médicos. Y, pues todos me lo dicen, aunque yo no lo veo, digo que soy contento de darme los tres mil y trescientos azotes; mas con una condición: que me los tengo de dar cada tiempo cuando yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los días y en el tiempo; y yo procuraré salir de la deuda lo antes posible porque goce el mundo de la señora doña Dulcinea del Toboso, que, según parece, es hermosa al revés de lo que yo creo. Y lo hago también por mi señor don Quijote, para que no sufra más por el encantamiento de su señora. Eso sí: no he de estar obligado a sacarme sangre con la disciplina, y si algunos azotes fueran de mosqueo, se me tendrán en cuenta. Y si me errare en el número, el señor Merlín me avisará de los que me faltan o de los que me sobran, que, al parecer, él lo sabe todo.

MERLÍN.- De las sobras no habrá que avisar, porque, llegando al cabal número, luego quedará desencantada la señora Dulcinea, y, como agradecida, vendrá a buscar al buen Sancho a darle las gracias y aun premios por la buena obra. Así que no hay que tener escrúpulos por las sobras o las faltas.

SANCHO.- Ea, pues a la mano de Dios. Yo consiento en mi mala ventura. Digo que yo acepto la penitencia. ¡Pero con las condiciones apuntadas!

(Suenan chirimías. Don Quijote, emocionado, se avalanza sobre Sancho dándole agradecidísimos y cómicos besos. Los Duques ríen y festejan con grandísimo y burlesco contento. El séquito ríe abiertamente con un tono más vulgar. El grupo de Merlín y la falsa Dulcinea se va, no sin antes inclinar la cabeza ante los Duques y hacer una ceremoniosa y barroca reverencia a Sancho. Todos salen menos Sancho, que se rasca la cabeza y dice entre el patio de butacas dirigiéndose a los espectadores.)

Aunque digo que este modo de amistad no me gusta. Los amigos se ayudan y no se mandan moler la espalda a latigazos. Mi amo me ayuda y no me pega. En eso los pobres somos iguales que los ricos, aunque nacemos con otras desgracias. Padecer pobreza ya es una mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena. *(Como resucitando a una realidad.)* Pero puede tener amigos. *(Y se queda pensativo.)* ¿Pero por qué yo ahora tengo que señalar mi espalda para ayudar a nadie sea quien sea y que además no conozco?

(Todo este momento es aprovechado para hacer la mutación: salen un par de doncellas que llevarán lo suficiente para indicar que la próxima acción se va a desarrollar en una de las cámaras del palacio de los duques en la que Sancho, ya en el escenario, se pone a escribir a duras penas en un bufete. Entra la Duquesa.)

DUQUESA.- Amigo Sancho, ¿habéis empezado ya vuestra disciplina para el desencanto de la sin par Dulcinea del Toboso, señora de don Quijote?

SANCHO.- *(Sin dejar de escribir y haciendo cómicas muecas con la cara.)* Algo sí, Señora, que anoche me di hasta cinco azotes después de la cena de palominos y perdices, y un par de truchas, un cuarto de cordero, dos trozos de bacalao y medio queso *(Siempre escribiendo.)* a más de tres jarras de vino y pan y medio, claro.

DUQUESA.- Bien hecho, Sancho, que de buenos es ayudar y sacrificarse por sus señores. *(Pausa burlona.)* ¿Y dolieron?

SANCHO.- No. No mucho. *(Pausa. Levanta la cabeza, molesto.)* Fue con la mano, señora, que “a buenos fines, buenos principios” y “cada uno es artífice de su ventura”.

DUQUESA.- Pero darse palmadas no es azotarse. Tengo para mí que no estará muy contento el sabio Merlín con tanta blandura. Menester será que el buen Sancho haga alguna disciplina de abrojos o de ramal que se deje sentir, porque “la letra con sangre entra” y no se ha de dar tan poco precio por la libertad de una tan gran señora como lo es Dulcinea del Toboso. Advierte, Sancho, que la claridad floja y la justicia tibia ni tienen mérito ni valen nada.

SANCHO.- *(Sin dejar de escribir con grandes esfuerzos. Sus respuestas van siendo un poco mecánicas, como si no atendiera excesivamente a lo que le va diciendo la Duquesa, aunque le van contestando por cortesía y por inercia.)* Pues déme vuestra señoría una deciplina o ramal, que yo me daré con él... *(Ahora con más atención, como si se hubiera dado cuenta de que se ha excedido en la respuesta);* pero sin que me duela demasiado, que, aunque soy rústico, mis carnes tienen más de algodón que de esparto. *(Y sigue como escribiendo.)*

DUQUESA.- Sea en buena hora. *(Y ya un poco harta de verlo distraído en la escritura y, sin duda, intrigada por ello.)* Pero, Sancho, ¿se puede saber en qué andas afanado con ese papel, que no atiendes mis palabras?

SANCHO.- *(Sin dejar de escribir, pero ya acabando el texto.)* Sí la atiendo, señora, sí la atiendo. Pero estaba escribiendo una carta a mi mujer Teresa Panza, y, como hombre pobre que soy, a mí esto de la escritura no se me da muy bien, que me cuesta trabajo, que parece que tengo pezuña en vez de mano. Pero ya está, mi señora, ya está. *(Se muestra muy ufano contemplando el papel.)* Tenía que hacerlo, que los pobres sentimos igual que los señores, y yo le tengo ley a mi mujer y a mis hijos.

DUQUESA.- ¿Pero sabes escribir, amigo Sancho?

SANCHO.- *(Siempre atendiendo a lo suyo.)* Algo. Un poco me enseñó el cura de mi pueblo y otro poco mi amo don Quijote antes de que le diera por echarnos a esos caminos de Dios.

DUQUESA.- ¿Y para qué es la carta, amigo Sancho? Quisiera saber lo que en ella comentas, si no es impertinencia.

SANCHO.- Pues... no es impertinencia, señora, aunque algo de vergüenza sí que me da. Pero puede leerla mi señora, si es que quiere. Mejor que la lea a que la lea yo, que no lo hago de corrido.

DUQUESA.- Dame, amigo Sancho, que me place, con respeto, saber lo que cuentas a tu mujer. *(Lee.)*

Teresa mía: Has de saber, Teresa, que tengo determinado que andes en coche. Mujer de un gobernador serás. ¡Mira si te reirá nadie los zancajos! Te mandaré un vestido verde de cazadora que me dio mi señora la Duquesa; acomódale en modo que sirva de saya y cuerpo a nuestra hija. Don Quijote, mi amo, es el hombre más bueno del mundo, a veces un poco loco, pero es un loco cuerdo (no sé cómo explicarlo) siempre ayudando a unos y a otros, aunque a veces se mete donde no le llaman y sale con las costillas apaleadas o con sus huesos en el suelo. Pero es buen hombre y me quiere. Desvaría un poco y se cree caballero, pero nunca hace mal a nadie, no como otros. Hemos estado en la cueva de Montesinos y el sabio Merlín ha echado mano de mí para desencantar a Dulcinea del Toboso, que por allá llaman Aldonza Lorenzo (tú no entenderás estas cosas). De aquí a pocos días me partiré al gobierno de una ínsula a donde voy con grandísimo deseo de hacer

dineros; tomaréle el pulso y te avisaré si has de venir a estar conmigo o no. El rucio está bueno y no le pienso dejar aunque me llevaran a ser Gran Turco. La Duquesa, mi señora, te besa las manos. (Vuélvele el retorno con dos mil besos, que no hay cosa que menos cueste ni valga más barata que los buenos comedimientos, según dice mi amo). Teresa mía, todo saldrá en la calada del gobierno, que, por una vía o por otra, tú has de ser rica de buena ventura. Dios te la dé, porque puede, y a mí me guarde para servirte.

En este castillo de los duques, a veinte de julio de 1614.
Tu hombre

Sancho Panza

(Al leer la carta, la Duquesa ha recibido un cierto impacto de humanidad por la mostrada en las palabras de Sancho, pero no es suficiente para variar la actitud de burla que mantiene en todo momento.)

DUQUESA.- Habéis comprendido, amigo Sancho que, arrimándote a los buenos estarás en prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna. Y...

(Entran el Duque, don Quijote y séquito.)

DUQUE.- Señora, ¿de qué ínsulas habláis con el buen escudero Sancho?

DUQUESA.- Sancho desea ya el gobierno de la ínsula, y así se lo ha escrito a su mujer Teresa Panza en una carta que le ha escrito con muchos esfuerzos y algunos errores.

DUQUE.- ¿Escrito? ¿Nuestro buen escudero sabe de escritura?

SANCHO.- Algo sé, que uno es rústico, pero amigo de gente letrada que me enseñó, y “con paciencia se llega a Roma”, y “buen amigo, buen abrigo”. Pero casi prefiero más aparear cien asnos que escribir una carta, porque acabo con sudores y dolor de mano.

(Suena dentro el sonido lúgubre de un tambor destemplado cubierto con un paño negro, y entran dos estafalarios personajes con aire marcial. Sancho, miedoso, se esconde prudentemente tras la Duquesa mientras don Quijote muestra la estupefacción de un lunático. Los llegados van con túnicas negras; uno, con el tambor, y el otro cubierta la cara con velo negro, que

deja mostrar por abajo el extremo de una larguísima barba blanca. Andan al ritmo del toque. Uno saluda con rodilla en tierra al Duque.)

TRIFALDÍN.- Altísimo y poderoso señor, a mí me llaman Trifaldín el de la Barba Blanca, y soy escudero de la condesa Trifaldi, llamada también La Dueña Dolorida, de parte de la cual traigo a vuestra grandeza una embajada: pedirle permiso para que la condesa, mi señora, pueda venir a exponerle sus cuitas. Primero quiere saber si está en vuestro castillo el valeroso don Quijote de la Mancha, en cuya busca viene a pie y sin comer desde el reino de Candaya. Ella queda en la puerta y aguarda vuestro beneplácito para entrar.

DUQUE.- Acudid, acudid presto y decidle que entre, que ayuda no le ha de faltar, porque aquí se encuentra el famoso caballero favorecedor de mujeres menesterosas, en especial de dueñas viudas y doloridas a las que apoya en sus cuitas con su fortísimo brazo y bravura sin par.

(Ante la petición de la pretendida condesa, y las loas del Duque, don Quijote se ufana de satisfacción.)

DON QUIJOTE.- Quisiera yo, señor Duque, que estuviera aquí presente aquel religioso que el otro día mostró tan mal talante y tan poco afecto por los caballeros andantes, para que viera por sus ojos si somos necesarios en el mundo para socorro y amparo de doncellas y viudas. Venga esta dueña y pida lo que quisiere, que yo dispondré mi espíritu y mi brazo para ayudarla.

SANCHO.- *(Decidido.)* No querría yo que esta señora dueña estuviera en apuros, que de donde intervienen dueñas no puede esperarse cosa buena. Porque son enfadosas, tramoyeras e impertinentes.

DON QUIJOTE.- Calla, Sancho. No hables como sueles.

SANCHO.- Sí, callo. Mejor no hablar de las dueñas, que hay mucho que trasquilar. Mejor no mover el arroz, aunque se pegue... por no decir otra cosa que huele peor.

DON QUIJOTE.- Basta, Sancho, basta. ¿Quién te mete a ti en esto de hablar de las dueñas?

SANCHO.- ¿Quién, señor? Pues de la cortesanía que he aprendido de vuestra merced, que es el más cortés y bien criado caballero que hay por los caminos de La Mancha. Y por mi miedo a perder el gobierno de la ínsula. Pero ¡qué hablo! Aquí está la condesa de las tres faldas, o como se llame.

(Entran con ritual solemne la condesa Trifaldi¹ y dos damas. Todas vestidas de negro, con velos opacos negros. Acompañadas de Trifaldín, saludan a los duques ceremoniosamente entre la curiosidad de Sancho y el asombro de don Quijote.)

CONDESA TRIFALDI.- Poderosísimo señor, hermosísima señora, discretísimos circunstantes, pido piedad de vuestros generosísimos pechos a mi dolor y que me hagan sabidora de si están entre ustedes el acendradísimo caballero don Quijote de la Mancha y su valerosísimo escudero Sancho Panza.

SANCHO.- *(Rompiendo el clima de protocolo forzado.)* ¡El Panza aquí está! Y éste es don Quijotísimo de la Manchísima, y así podréis decir, dolorosísima dueñísima, lo que quisieridísimos, que todísimos estamos aparejadísimos de ser servidorísimos vuestros.

DON QUIJOTE.- Angustiada señora, yo soy don Quijote de la Mancha, cuyo asunto es socorrer a toda suerte de menesterosos. Decidme vuestros males por ver si puedo ponerles remedio.

CONDESA TRIFALDI.- ¡Oh, valeroso andante, cuyas hazañas dejan atrás y oscurecen las fabulosas de los Amadisese, Esplandianes o Belianises! *(A Sancho.)* ¡Oh, tú, el más leal escudero que vieran los siglos, y que sirves al gran don Quijote, conjúrate a que seas buen intercesor con tu dueño para que favorezca a esta humildísima y desdichadísima condesa!

SANCHO.- Señora, tenga paz, que “a quien buen árbol se arrima, buena sombra le cobija”. Mi amo, aunque enjuto, da mucha sombra, y yo le rogaré que ayude a vuesa merced en todo lo que pudiere. Vuesa merced desembaúle su cuita, cuéntenosla, y deje hacer, que todos nos entenderemos.

(Risas ostentosas de todos los presentes.)

CONDESA TRIFALDI.- Era yo dueña de la reina doña Maguncia, en el famoso reino de Candaya. Mi señora la reina tuvo una hija llamada Antonomasia, la cual creció bajo mi tutela y doctrina. A la edad de catorce años era tan discreta como bella, llegando a tener la mayor hermosura del mundo. Vino a enamorarse de ella un caballero particular de la corte, confiado en su mocedad, en su bizarría y en sus muchas habilidades y

¹ Que lógicamente es una actriz con barba postiza o uno de los criados de los duques fingiendo voz de mujer.

gracias. Porque hago saber a vuestras grandezas que tocaba una guitarra que la hacía hablar; que era poeta y bailarín, y no había hombre como él. Pero toda su gentileza, sus gracias, sus donaires y sus habilidades los puso a disposición de rendir la fortaleza de mi niña, usando el muy desuellacaros el medio de rendirme a mí primero como el alcaide que era del tesoro de la princesa. Coplillas, rondas, trovos, suspiros, promesas capaces de ablandar la roca más dura, me rindieron a mí antes, dándome lástima del enamorado, y creyendo que era almíbar la tuerca y el veneno que traía aquel poeta enamorado llamado don Clavijo. Y así, los versos, las músicas, los suspiros y mi liviandad y mi ignorancia consiguieron los encuentros del falso enamorado y mi engañada Antonomasia. *(Pausa larga.)* Al poco tiempo de estos encuentros apareció una cierta hinchazón del vientre en la princesa que nos puso a los tres en desasosiego. Y ocurrió lo peor: se desposaron en secreto, lo cual se llevó la vida de la reina doña Maguncia, madre de la preñada, cuando se enteró de lo ocurrido. *(Todo esto está narrado muy a lo juglar, con expresiones de los presentes, con juego de movimientos corporales, con idas y venidas por el escenario.)* En el mismo momento de meter en tierra a doña Maguncia, apareció el gigante Malambruno, primo de la difunta reina, que era cruel y encantador, y, en venganza por la muerte de su prima, dejó encantados a los jóvenes y desgraciados desposados: a ella, en una mona de bronce, y a él, en un cocodrilo de metal. Cerca de ellos, una inscripción decía:

“No cobrarán su primitiva forma estos dos atrevidos amantes hasta que el Valeroso Manchego venga conmigo a las manos en singular batalla, que sólo para su gran valor guardan los hados esta nunca vista aventura.”

A mí quiso cortarme la cabeza. Supliqué y rogué que no lo hiciera. Y cambió su castigo sobre mí por otro terrible: al instante, yo y otras damas que junto a mí estaban sentimos que se nos abrían los poros de la cara y que por toda ella nos punzaban como puntos de agujas. Y así, nos quedamos en el estado que ahora veréis... *(Se destapan las caras la Condesa y sus dos damas y aparecen con una larga y espesa barba entre el pasmo de todos y, especialmente, de don Quijote y Sancho.)* ... y con estas cerdas que nos hacen desgraciadas y malditas para toda nuestra vida.

SANCHO.- ¡Válganle mil satanases a ese gigante Malambruno! ¿No encontró otro castigo para estas creaturas que barbarlas? ¡Mejor haberles quitado las narices de medio arriba! ¡Aunque hablaran gangoso!

CONDESA TRIFALDI.- Si por el señor don Quijote no somos remediadas, con barbas nos llevarán a la sepultura.

DON QUIJOTE.- *(Fuerte y decidido.)* No, señora, no. Por mí no quedará, que un cristiano duele con el dolor ajeno. Ved, señora, qué he de hacer porque tengo el ánimo pronto para serviros.

CONDESA TRIFALDI.- El caso es, señor; el caso es... que de aquí al reino de Candaya, si se va por tierra, hay cinco mil leguas. Pero si se va por el aire y por línea recta, hay tres mil y doscientas y veintisiete. Y ha de saber, señor don Quijote, que Malambruno me dijo que si encontraba a nuestro caballero libertador, él me enviaría la cabalgadura de madera en la que el valeroso Pierres llevó a su amada Magalona, el cual caballo se rige por una clavija que tiene en la frente que le sirve de freno, y vuela por el aire con tanta ligereza que parece que los mismos diablos le llevan. Es el caballo compuesto por el sabio Merlín, y que ahora, por sus artes diabólicas, está en manos del mentado Malambruno, que hoy está aquí y mañana en Francia, y otro día en Potosí o en cualquier reino que se le antoje. Es lo bueno de tal caballo que no come, ni duerme, ni gasta herraduras; y cuando va por los aires, sin tener alas, su caballero puede llevar una taza llena de agua en las manos sin que se derrame gota de ella....

SANCHO.- Para andar reposado y llano, mi rucio, aunque no anda por los aires; y es bueno y noble como ninguna otra caballería.

CONDESA TRIFALDI.- ... y este caballo estará ante nosotros en la primera media hora de esta noche, porque Malambruno me dijo que lo enviaría cuando yo hallara al caballero que podría dar fin a nuestra desgracia.

SANCHO.- ¿Y cuántos caben en ese caballo?

CONDESA TRIFALDI.- Dos personas: una en la silla y la otra en las ancas; el caballero y el escudero.

SANCHO.- Y querría yo saber, doña Dolorida, qué nombre tiene ese caballo.

CONDESA TRIFALDI.- Se llama Clavileño, por ser de leño y por la clavija que trae en la frente.

SANCHO.- No me descontenta el nombre. Y ¿con qué freno o con qué ronزال se gobierna?

CONDESA TRIFALDI.- Ya he dicho que con la clavija, que, volviéndola a una parte o a otra, el caballero que va encima le hace caminar como quiere: ya por los aires, ya rastreando y casi barriendo la tierra.

SANCHO.- ¡Ya lo querría yo ver! Pero pensar que he de subir en él es como pedir peras al olmo. ¡Bueno es que apenas puedo tenerme en mi rucio, y sobre una albarda más blanda que la misma seda, y querrán ahora que me ponga en unas ancas de tabla! ¡Pardiez, que no me pienso moler por quitar las barbas a nadie! Cada cual se rape como más le viniere a cuento, que yo no pienso acompañar a mi señor en tan largo viaje.

CONDESA TRIFALDI.- Pues entiendo que sin vuestra presencia no haremos nada.

SANCHO.- Pero ¿qué tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿Ellos se han de llevar la fama y nosotros los trabajos y los mojicones? ¡Cuerpo de...! *(Con una pausa pronunciada y expresiva por no decir ¡Cuerpo de Cristo!)* ¡Cuerpo de mí! Si los historiadores dijeran: “el tal caballero acabó la tal y tal aventura con ayuda de su escudero fulano...” Pero no. Lo único que dicen es: “don Paralipomenón de las Tres Estrellas acabó la aventura mayor nunca vista.” Así, sin más. Sin mentar al pobre escudero; al que lleva los trabajos más duros; al más fiel; al que sufre hambre. Pues el nombre de ese no aparece jamás. Pues no; no haré viaje. Mi señor puede irse solo y buen provecho le haga, que yo me quedaré aquí en compañía de la Duquesa mi señora; y puede que cuando vuelva mi amo, se encuentre mejorada del encantamiento a la señora Dulcinea, que en los ratos de ocio pienso darme una tunda de azotes. *(Aparte.)* (Suaves, eso sí.)

CONDESA TRIFALDI.- Pena es, amigo Sancho, que las barbas de estas dueñas no desaparezcan por vuestra culpa.

DON QUIJOTE.- ¡Alto ahí! que Sancho hará lo que yo le mandare; que él es buen hombre y Dios hace sufrir a los malos pero no para siempre, de manera que si yo socorro a menesterosos, mi fiel escudero me ayudará en ello y pasará a la historia junto a mí con letras de oro. Y él lo sabe, que es como un hermano para mí.

SANCHO.- *(Cambiano radicalmente de tono, haciéndose rudamente sensible y afectivo.)* Ya lo sé, señor; ya lo sé. Y bien que quiero también yo a vuestra merced con amor de hombre de campo, que es el mejor. Pero tengo miedo esta vez, aunque sea por ayudar a damas barbadas. ¡Que cada puta hile con su rueca! No quiero montarme en un caballo de madera que me lleve por los aires. Tengo miedo. Y más ahora que, con eso del

gobierno de la ínsula y por haberme arrimado a vuestra merced, me hallo casi en la cima de toda buena fortuna. Tengo miedo, señor; tengo miedo. ¿No ve que tiemblo como un azogado? *(Sancho acaba casi llorando a los pies de su señor.)*

DON QUIJOTE.- *(Con una inmensa ternura.)* Bien has hablado, hijo, Sancho, que voz del pueblo es voz del cielo. Pero tú y yo tenemos un destino común, y prometo que no sufrirás humillación ni mal mientras estés bajo el cuidado de mi espada. Así, ármate de valor, que lo tienes, y mucho, para iniciar conmigo esta aventura que será la más alta ocasión que vieron los siglos. Y si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oración. *(Se separa tras estas palabras llenas de ternura. La conversión de Sancho es total, y, con gestos, se va secando las lágrimas y expresa el apoyo a su señor. Todo debe estar lleno de lirismo.)* ¡Oh, gigante Malambruno, que, aunque eres encantador, eres certísimo en tus promesas; envíanos ya a Clavileño para que acabe la desdicha de estas dueñas barbadas! *(Sancho se acerca a él expresando el enésimo apoyo a su señor y quizá búsqueda de amparo.)*

(Oscuro. Ruidos estremecedores. Tormenta con truenos, rayos y relámpagos. Niebla que envuelve a todos los personajes. Ambiente irreal. Entre la niebla aparece Clavileño empujado por dos brutos. Los asistentes, menos don Quijote y Sancho, caen como en un sopor del que lentamente van despertando y admirando burlescamente el caballo de madera que queda en el centro del grupo bajo la mirada asombrada y maravillada del caballero y su escudero.)

BRUTO 2.- *(Con solemnidad.)* Este es Clavileño.

BRUTO 1.- *(A don Quijote y Sancho indistintamente.)* Suba a esta máquina el que tuviere ánimo para ello.

SANCHO.- *(Ap.)* Pues yo ni tengo ánimo, ni soy caballero.

BRUTO 2.- *(A don Quijote.)* ¿Tiene escudero?

DON QUIJOTE.- Lo tengo.

BRUTO 2.- Y ¿cómo se llama?

DON QUIJOTE.- Se llama Sancho. Y es fiel como un aldeano.

BRUTO 2.- Él ocupe las ancas, y vuesa merced la silla.

SANCHO.- ¡Sea! Mi señor vaya delante porque es caballero, y cada cual en su corral. Pero no me gusta sentar en las ancas; no voy contento de segundo, porque segundas partes nunca fueron buenas. Y, por Dios, vuesa merced cuide de mí y no haga desatinos como a veces suele, que nos va la vida en ello.

DON QUIJOTE.- *(Como acariciando al caballo.)* Confía, Sancho, en mi valor y cordura.

SANCHO.- *(Ap.)* ¿Ha dicho cordura? ¡Buenos estamos! ¡Quién me manda a mí confiar en estos cuerdos!

BRUTO 2.- *(A don Quijote.)* Fíese del valeroso Malambruno.

DON QUIJOTE.- Fío en él y en el valor de mi brazo.

SANCHO.- *(Ap.)* Eso; el Malambruno y mi amo: dos en quien confiar para estos menesteres. ¡Ay de mí!

BRUTO 1.- *(A don Quijote.)* No hay más que mover esta clavija y el Pegaso les llevará por los aires, pero para que la altura, el frío y la fuerza de los vientos no les cause vahídos, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de que habrá llegado el viaje a su fin. *(Mientras va diciendo esto, unos criados de los Duques, con disimuladas risas de mofa, intentan inútilmente vendar los ojos a nuestros hombres.)*

DON QUIJOTE.- Que me place lo del relincho. Será como el cuerno de Roldán en Roncesvalles.

CONDESA TRIFALDI.- Valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas: he encontrado al fin al sin par don Quijote de la Mancha, el caballo está en casa, nuestras caras están llenas de pelo, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras te suplicamos nos rapes y nos dejes en nuestro anterior estado. Por piedad, buen caballero, por piedad. Sube presto en el caballo con tu escudero y da feliz principio a vuestro nuevo y misericordioso viaje.

DON QUIJOTE.- *(Mientras sube al caballo.)* Eso haré, señora condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin pararme a tomar cojín ni calzarme espuelas, por no detenerme; tanta es la gana que tengo de veros a vos, señora, y a estas dos dueñas, rasas y mondas.

SANCHO.- *(A cierta distancia del caballo.)* Pues eso no haré yo ni de malo ni de buen talante. Y si es que el rapamiento no se puede hacer sin que yo suba a las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras, otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo para andar por los aires. ¿Qué dirán mis insulanos, cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa más: que habiendo tres mil y tantas leguas de aquí al reino de Candaya, si el caballo se cansa, tardaremos en dar la vuelta media docena de años, y ya no habrá ni ínsulas ni ínsulos. Y pues se dice comúnmente que “en la tardanza va el peligro”, y que “cuando te dieren una vaquilla, ácala con la soguilla”, perdónenme las barbas de estas señoras, que bien estoy donde estoy, a la espera de verme gobernador. *(Sentándose en el suelo con mohín infantil.)*

DUQUE.- Sancho, amigo, la ínsula que os he prometido siempre os estará esperando, pero quiero que vayáis con vuestro señor don Quijote para realizar esta hazaña y que montéis ahora sobre Clavileño, que vuestros insulanos estarán prestos a recibirlos por su gobernador cuando volváis de liberar a estas pobres dueñas de su velludo pesar.

DON QUIJOTE.- *(Paciente y amoroso.)* Fiel y leal escudero, amigo Sancho, compañero de sueños y venturas, ¿vas a dejar a tu señor solo en esta nueva aventura? ¿Vas a dejar desamparadas a estas pobres señoras? ¿No te mueve la piedad? ¿No ves que hay que ayudar al menesteroso?

CONDESA TRIFALDI.- Sancho, bien podéis encomendaros a Dios, que Malambruno, aunque es encantador, es cristiano; y de cristianos es ayudar a los demás.

SANCHO.- *(Con cierto y cómico pesar, pero resuelto.)* No más súplicas, señores. No más súplicas, que no hay santo. Que “al cabo de un año, el perro se parece a su amo”, y “cual el amo, tal el criado”, y que “un loco hace ciento”; así que me voy con mi señor don Quijote, que “obediencia y paciencia es buena ciencia”, y sea lo que Dios quiera. Subo con mi amo. Encomiéndenme a Dios. Cuando vayamos por esas alturas, invocaré a los ángeles que me favorezcan. Pero llevo más miedo que un pecador. Ea, pues, y Dios me ayude.

DON QUIJOTE.- *(Ap.)* (Nunca he visto a Sancho con tanto temor como ahora.) *(A Sancho.)* Llegaos, amigo, que, con licencia de estos señores, os quiero hablar aparte dos palabras. *(Se lo lleva a una cierta distancia del corro de personajes.)* Ya ves, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera, y sabe Dios cuándo volveremos de él. Y así, querría que ahora te retirases a algún aposento, como que vas a buscar alguna cosa necesaria, y

en un momento te dieras buena cuenta de los tres mil y trescientos azotes a que estás obligado. Al menos, quinientos, que así ya te los tienes dados.

SANCHO.- ¡Por Dios, que vuestra merced debe de ser menguado! Ahora que tengo que ir sentado en una tabla rasa ¿quiere vuestra merced que me lastime las posaderas? Vamos ahora con lo de rapar a estas dueñas, que yo le prometo que a la vuelta hablaremos de palos y flagelos.

DON QUIJOTE.- Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque en efecto, aunque tonto, eres hombre de palabra.

(Van a subir ambos a Clavileño y en estas subidas y bajadas, en los reconocimientos del caballo, en estos acoples, en estas colocaciones, en las diversas preferencias debe estar comprendida la personalidad y estado de ánimo de ambos personajes. Todo ello, salpicado con muchas dosis de humor.)

DON QUIJOTE.- Sancho, la gloria de esta hazaña será recordada en tiempos futuros.

SANCHO.- Ea, vamos, señor, que las barbas y las lágrimas de estas señoras las tengo clavadas en el corazón. Suba primero y tápese los ojos vuestra merced, que si yo tengo de ir a las ancas, claro está que primero sube el de la silla.

DON QUIJOTE.- Así es verdad.

(Don Quijote saca un pañuelo de la faldriquera y se dirige a la Condesa Trifaldi para ser cegado por ella. Todo con un ritual medieval de caballero a dama. A tientas, va al caballo y, ayudado por su escudero, monta en él dejando ostensible su ridícula y absurda figura. A poco, mostrando disgusto, Sancho monta en las ancas. Se mueve. Empieza a mostrar incomodidad. Baja. Corre hacia el Duque a quien le habla.)

SANCHO.- Esta caballería de mármol o de leño dará muchas amarguras a nuestro viaje. ¿No podría vuestra merced buscarme una silla como la de mi amo?

DUQUE.- Ánimo, amigo Sancho, que a grandes hazañas, grandes sacrificios.

(Vuelve Sancho a Clavileño. Exterioriza otra vez su malestar en el caballo. Baja. Se dirige a la Duquesa.)

SANCHO.- Señora mía, ¿no habría en su elegante palacio un humilde cojín para cuidar mis maltrechas posaderas?

DUQUESA.- Sancho, no sería propio de un valiente escudero aminorar dolores en una aventura semejante.

(Vuelve Sancho malhumorado y repitiendo entre dientes “Valiente escudero, valiente escudero”. Antes de sentarse otra vez en Clavileño pone la mano en las ancas y queda pensativo.)

DON QUIJOTE.- ¿Qué pasa, amigo, que no te acomodas tras mí para iniciar esta nuestra nueva aventura? ¿Acaso temes? Confía en mí, hermano, que yo te cuidaré y saldremos triunfantes.

SANCHO.- *(Sancho mira a su amo desde abajo haciendo cómicos gestos de desconfianza, y corre esta vez hacia la Condesa Trifaldi.)* Y vos, ¿no tendríais un retal de damasco labrado o una simple albarda con la que pueda ir sentado sin lástimarme? Recuerde que hago por vos este viaje.

CONDESA TRIFALDI.- Y bien que lo agradezco; pero no tengo otra tela que este pañuelo para taparle la vista. Y para sufrir menos el rigor de la madera de este caballo heroico, siéntese a mujeriegas.

SANCHO.- ¡No haré yo! ¡No haré yo!

(Y mientras esta conversación transcurre, la Condesa ata el pañuelo a Sancho para cegar lo y lo va empujando hacia Clavileño y Sancho gritando “¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío, recen por mí!” a lo que don Quijote, harto de esperar, grita.)

DON QUIJOTE.- ¡Sancho! ¿Por ventura te llevan a la horca como un ladrón para semejantes plegarias? ¡No seas desalmado y cobarde! No llesves a la boca el miedo que tienes. Al menos en presencia mía. ¡Sube al caballo!

SANCHO.- Ya voy, señor. Pero temo que, por una manera o por otra, acabaremos en Peralvillo. No en la horca, sino en la hoguera.

(Termina de taparlo la dueña, y con ímpetu lo sienta a mujeriegas en el caballo.)

SANCHO.- Forzuda está la barbada dueña. Pasárala lo que a Sansón, que tenía la fuerza en el cabello. ¡Pero yo me siento como quiero!

(Baja y sube como su amo, y ya los dos en el caballo, todos los asistentes prorrumpen en gritos.)

HOMBRE 1.- ¡Dios te guíe, valeroso caballero!

HOMBRE 2.- ¡Dios sea contigo, escudero valiente!

MUJER 1.- ¡Ya vais por esos aires, rompiéndolos con más velocidad que una saeta!

MUJER 2.- ¡Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas!

MUJER 1.- ¡No caigas, Sancho, que será tu caída como la de aquel mozo que quiso llegar al sol!

HOMBRE 2.- ¡Ya comenzáis en las alturas entre nubes!

HOMBRE 1.- ¡Ya estáis en lo más alto de la esfera!

(Con todas estas arengas Sancho se aprieta fuerte contra su amo agarrándose para no caer.)

SANCHO.- Señor, ¿cómo dicen estos que vamos tan altos, si llegan acá sus voces y parece que están hablando junto a nosotros?

DON QUIJOTE.- No repares en eso, Sancho, que como esos asuntos van fuera de cursos ordinarios, puede parecerte una cosa y ser otra. Y no me aprietes tanto, que me derribas. Y no sé de qué te espantas, que en todos los años de mi vida he montado en una cabalgadura de paso más llano; que no parece moverse. Destierra, pues, el miedo, que el viaje va como ha de ir. *(De pronto aparece un fuerte viento.)* Y el viento llevamos en popa.

SANCHO.- Así es verdad, que por este lado me da un viento que parece que con mil fuelles me están soplando. *(Y es verdad: un gran ventilador azota el costado de Sancho.)*

DON QUIJOTE.- Es un viento muy fuerte. Sin duda, Sancho, que ya debemos llegar a la segunda región del aire, a donde se engendran el granizo y las nieves. Los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera región; y desta manera vamos subiendo. Presto daremos en la

región del fuego. Y no sé yo cómo templar esta clavija para que no subamos donde nos abrasemos.

SANCHO.- ¡Madre mía! ¡No me diga eso mi señor, que se me descarga el cuerpo!

(Salen unos sirvientes con teas, que envuelven a los cabalgantes y se las acercan a la cara para darles calor.)

DON QUIJOTE.- Que me maten si no estamos ya en la región del fuego, porque una parte de mi barba se me ha chamuscado, y hay un cierto olor extraño.

SANCHO.- Olor, olor no me extraña que haya, aunque no a quemado, sino a mi propio cuerpo que se está vaciando. *(Pausa.)* Mi señor, estoy por descubrirme y ver en qué parte estamos.

DON QUIJOTE.- No hagas tal. Y acuérdate del cuento del licenciado Torralba, a quien llevaron los diablos por el aire subido en una caña y con los ojos cerrados, como nosotros vamos en este glorioso caballo de madera llamado Clavileño. En doce horas el tal licenciado llegó a Roma, donde vio el asalto y muerte del Borbón, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid. Y luego dijo que cuando iba por el aire, le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se vio tan cerca de la luna que la pudiera tocar con la mano, y que no osó mirar a la tierra por no desvanecerse. Así que, Sancho, no hay porqué descubrirnos, que el que nos lleva a cargo, él dará cuenta de nosotros, y puede que él nos lleve por las muchas alturas para dejarnos caer en una cuando estemos sobre el reino de Candaya, como hace el halcón sobre la garza para cogerla. Y, aun que nos parece que no ha media hora que partimos del jardín, créeme que debemos haber hecho un gran camino, que esto de los magos y los encantamientos encierran secretos imposibles de comprender con nuestro seso.

(Los Duques y sus séquitos ríen en silencio la broma hecha a don Quijote y Sancho, y se mofan con sus palabras. Debe haber un movimiento continuo en torno a los “viajeros”, siempre acompañado de abanicos, mantas y antorchas. Por fin ponen unos cohetes en la cola del caballo, que, al explotar, dan con caballero y escudero en tierra, algo chamuscados. Salen las barbadas y queda el resto del séquito en el suelo como desmayados. Los viajeros vuelven del “viaje” con sorpresa y estupor, y ven clavada en el suelo una lanza con un pergamino atado con unos cordones. Lee don Quijote el pergamino.)

“El ínclito caballero don Quijote de La Mancha feneció y acabó la aventura de la condesa Trifaldi, por otro nombre llamada “La Dueña Dolorida”, y compañía, con sólo intentarla.

Malambruno se da por contento y satisfecho, y las barbas de las dueñas quedan lisas y mondas.”

(Va hacia el Duque, que empieza a volver en sí.)

DON QUIJOTE.- Bendito señor, ánimo, que todo es nada. La aventura es acabada y las dueñas reparadas. Lea este pergamino venido del cielo.

(Lee el Duque mientras los demás recuperan el sentido mostrando maravilla y espanto.)

DUQUE.- Gracias, buen amigo. *(Abrazándole.)* Sois, en efecto, el más grande caballero que jamás pisó camino. Los cielos os premien.

SANCHO.- ¿Y sabe vueseñoría dónde están “la Dolorida” y sus dueñas, ya con la cara rapada? ¿Son tan hermosas en verdad?

DUQUE.- Puedo decir, amigo Sancho, que en el mismo momento que Clavileño cayó del cielo entre truenos y envuelto en una bola de fuego, así en ese instante, la condesa Trifaldi y sus dueñas desaparecieron. Pero yo las pude ver que iban rapadas y sin cañones en la cara.

SANCHO.- ¿Es verdad?

DUQUE.- Es verdad, Sancho. Y puedo decir que todo por la valentía de don Quijote.

SANCHO.- De don Quijote y de su escudero, que siempre va la soga tras el caldero. Que yo también sufrí el dolor del caballo en mis posaderas y el mareo en las alturas. Y sentí en mis carnes el frío y el agua de las nubes. Y casi me abraso las costillas cuando pasamos cerca del sol. Y a punto estuvo el viento de tirarme del caballo al vacío de la altura. *(Cada una de estas frases va acompañada de una aseveración burlesca del Duque.)*

DUQUE.- Cierto, Sancho, cierto.

SANCHO.- Pues eso: que si mi señor es valiente (que lo es) y ayuda a mujeres y a menesterosos, también yo estoy en todas las hazañas que él hace. Que por eso soy su escudero y pronto gobernador de una ínsula.

DUQUE.- Así es, amigo Sancho. Que pocos gobernadores habrá con tantos méritos como tú.

DUQUESA.- (*Acercándose a Sancho.*) ¿Y qué, buen Sancho? ¿Cómo ha ido el largo viaje?

SANCHO.- Yo, señora, sentí que íbamos, según me dijo mi señor, volando por la región del fuego. Y pedí licencia a descubrirme un poco los ojos, pero mi amo no lo consintió. Mas yo, como soy curioso, bonitamente y sin que nadie lo viese, por junto a las narices aparté un tantico el pañizuelo que me tapaba los ojos, y por allí miré hacia la tierra y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza. Para que se vea cuán altos debíamos de ir.

DUQUESA.- Ningún hombre antes ha visto ese prodigio ¿Estás seguro, amigo Sancho, que viste la tierra del tamaño de un grano de mostaza?

SANCHO.- Sí lo estoy. Entienda vueseñoría que volábamos por encantamiento, y así podía yo ver toda la tierra. Y si esto no me cree, tampoco me creerá si le digo que me vi tan junto al cielo que no había de mí a él más de palmo y medio, por lo que puedo jurar, señora mía, que es muy grande. Y sucedió que íbamos por la parte donde estaban las Siete Cabrillas, y como en mi niñez yo fui cabrerizo, púseme muy contento, y ganas me dieron de entretenerme con ellas. Y así, sin decir nada a mi señor, apeéme quedito de Clavileño y me entretuve con ellas casi una hora, y vi que son como unos alhelíes y otras flores. Y en ese tiempo Clavileño no se movió de su lugar ni pasó adelante. Y fui contento, señora.

DUQUESA.- Me place, Sancho.

DUQUE.- (*A don Quijote.*) Y en tanto que el buen Sancho se entretenía con las cabras, ¿en qué se entretenía el señor don Quijote?

DON QUIJOTE.- Yo lo que sí vi fue la grandeza del universo, que está hecho por voluntad y mandamiento de Dios, que es cuidador y sustentador de todo, y que sabemos y creemos que gobierna y dispone de todas las cosas suave y sapientísimamente. No es mucho que Sancho no cumpliera su palabra porque al cabo él no es caballero. De mí sé decir que, como no me descubrí, no vi el cielo, ni la tierra, ni el mar, ni las arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la región del aire y la del fuego, pero que pasásemos de allí no lo puedo creer; y así, no pudimos llegar al cielo donde

están las Siete Cabrillas, que Sancho dice, sin abrasarnos. O Sancho miente, o Sancho sueña.

SANCHO.- Ni miento ni sueño. Si no, pregúntenme las señas de las tales cabras y por ello verán si digo verdad o no.

DUQUESA.- Dígalas, pues, Sancho. ¿Cómo son?

SANCHO.- Son dos verdes, dos encarnadas, dos azules y una de mezcla.

DUQUE.- Nueva manera de cabras es esa; que acá en la tierra no se usan cabras de tales colores.

SANCHO.- ¡Pues claro está que habrá que haber diferencia entre las cabras del cielo y las cabras del suelo!

DUQUE.- Y decidme, Sancho: ¿viste allá en el cielo, entre esas cabras, algún cabrón?

SANCHO.- Pues, señor, no vi cabrones. Pero oí decir que ningún cabrón tiene los cuernos como los de la luna.

DON QUIJOTE.- Dejemos este camino, amigo Sancho, de cuernos y de luna, que puede llevarnos a lugares incómodos. *(Aparte a Sancho.)* Reposa y cuida de no incomodar a nadie, que vas a ser gobernador de una ínsula y no debe haber mandatario que des gobierne su lengua y ataque sus propios intereses, que todo gran hombre juicioso ha de ser. *(Sale.)*

(Con disimulo, el Duque va cuchicheando a varios de sus sirvientes, hace señas, organiza algo que no se sabe. Algunos empiezan a salir y entrar. Por fin va hacia la Duquesa a la que habla al oído entre sonrisas.)

DUQUE.- Digo, Sancho, que estamos maravillados por el valor que has mostrado al viajar con vuestro amo a regiones ignotas y peligrosas. Un Marte habéis sido, un Aníbal, y esto os hace merecedor de lo prometido. Pronto, muy pronto habéis de empezar vuestro gobierno en la ínsula.

SANCHO.- Gracias, señor. Aunque os digo: después de estar en la puerta del cielo; después de ver la tierra del tamaño de un grano de mostaza; después de ver los montes más altos como avellanas y después de ver los hombres como hormigas, si vuestra señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor ínsula del mundo.

DUQUE.- Mirad, amigo, que yo no puedo dar parte del cielo, aunque sea menor que una uña; que sólo Dios puede esas mercedes o gracias. Lo que puedo dar os doy: que es una ínsula hecha y derecha, sobremanera fértil, donde podéis sacar con maña las gracias de la tierra y del cielo.

SANCHO.- *(Con un cierto conformismo y algo de indiferencia.)* Venga esa ínsula, que yo pugnaré por ser tal gobernador que, a pesar de bellacos, me vaya al cielo. Y no por codicia, sino por el deseo que tengo de probar a qué sabe si acepto eso de ser gobernador.

DUQUE.- Si una vez lo probáis, sabréis la dulcísima cosa que es el mandar y ser obedecido.

SANCHO.- Yo imagino que es buena cosa mandar, aunque sea a un hato de ganado, a cuatro ovejas, dos cabras y un rucio.

DUQUE.- ¡Con vos me entierren, que sabéis de todo!

SANCHO.- De todo no; de algo.

DUQUE.- Seréis tal gobernador como vuestro juicio promete. Advertid que mañana estaréis en la ínsula y que esta tarde os acomodarán el traje conveniente y de todas las cosas que habéis de llevar para vuestra partida. Y pensad en vuestro futuro oficio, no fuere que algún entuerto tuvierais que arreglar antes de la toma del poder. Estad presto y preparad la razón y la vara de la justicia.

(Estas últimas palabras crean una cierta confusión en Sancho, ignorante de su verdadero significado. Mientras, el Duque dirige sonrisas malévolas lanzando señas ostentosas de complicidad y burla a su esposa y sirvientes, aunque Sancho no lo advierte.)

SANCHO.- Vístanme como quisieren, que de cualquier manera que vaya vestido seré Sancho Panza.

DUQUE.- Así es verdad; pero los trajes se han de acomodar con el oficio o dignidad que se profesa. Vos, Sancho, iréis vestido parte de letrado y parte de capitán. *(Se va.)*

(Entra don Quijote, que ha estado oyendo la conversación, con emoción en el rostro. Va a Sancho, lo mira con afecto y le hace muestras de ternura y amor. Sancho le responde con caras de infantiles sentimientos de

desconfianza y extrañeza por lo inusual de la situación. Se apartan y se sientan juntos. Don Quijote habla con una exacta mezcla de solemnidad y ternura.)

DON QUIJOTE.- Infinitas gracias doy al cielo, Sancho, porque has encontrado la buena ventura. Otros solicitan, madrugan, ruegan, porfían y nunca alcanzan lo que pretenden; y tú, hijo mío, hermano Sancho, a quien quiero como a las niñas de mis ojos, que, para mí, sin duda alguna, eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, con solo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin más ni más te ves gobernador de una ínsula como quien no dice nada. Y te digo esto, Sancho, para que des gracias al cielo que dispone suavemente las cosas, y veas la grandeza que encierra la profesión de la caballería andante. Por eso, ¡oh, hijo!, atiende a éste tu Catón que quiere ser norte y guía que te encamine y saque a seguro puerto de este mar proceloso donde vas a engolfarte.

Primeramente, ¡oh, hijo!, has de temer a Dios, que en temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

Lo segundo, consigue y conserva reputación, que es el usufructo de la fama. Cuesta mucho porque nace de la excelencia, que es tan rara entre las gentes; pero, conseguida, se conserva con facilidad. Obliga mucho, pero es buena siempre para un gobernante.

Lo tercero, has de procurar conocerte a ti mismo. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse con el buey, y recuerda que tú guardaste puercos en tu tierra.

SANCHO.- *(Interrumpiéndole.)* Así es verdad. Pero eso fue cuando muchacho; y después, algo hombrecillo, guardé gansos, que no puercos. *(Pausa en la que queda pensativo un tiempo considerable.)* Pero paréceme que esto no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes. ¿No cree, mi señor?

DON QUIJOTE.- *(Que sigue hablando con paciencia como si no hubiese oído lo dicho por su amigo.)* No busques riquezas, buen Sancho; no quieras el gobierno para hacerte rico. Ya lo dice san Pablo: “quien codicia el oro y la plata pronto o tarde será ladrón”. Y cuida de aquellos que te rodean porque ¡qué pocos ministros hacen desdenes al oro o a la plata! que muchos son limpios de manos porque se lavan, no porque no roben. (Por eso no hay que fiar de ministros muy limpios de manos.)

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje. No desprecies decir que vienes de labradores. Preocúpate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio, que si eres virtuoso, no envidiarás a príncipes ni señores, porque la sangre se hereda, pero la virtud se conquista.

Has de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos y, finalmente, mantenedor de la verdad, aunque te cueste la vida defenderla.

Si, como debe ser, trajeres a tu mujer contigo cuando administres la ínsula, antes enséñala y desbástala de su natural rudeza, porque todo lo que puede conseguir un gobernador discreto, puede echarlo a perder una mujer tonta y rústica.

(Don Quijote se va elevando al mismo tiempo que su discurso y se levanta y pasea adquiriendo altas cotas oratorias, pero al mismo tiempo también dando agilidad a la escena.)

Ten compasión de los pobres. Hallen en ti más compasión las lágrimas del necesitado que las razones del pudiente. *(Pausa. Queda pensativo.)* Pero no más justicia. Procura descubrir igualmente la verdad entre los sollozos del pobre que entre los alardes del rico.

(En este largo discurso debe procurarse una agilidad del pasaje preferentemente con don Quijote: sus movimientos, su dicción, su espacio. La atención de Sancho debe ser máxima e intensa, lleno de sinceridad y sorpresa por todo lo que le está diciendo su amo.)

Aprende a negar. No todo se ha de conceder ni a todos, y en los que mandan es esta virtud urgente, porque más se estima el NO de algunos que el SÍ de otros. Un NO razonado satisface a veces más que un SÍ a secas. No se han de negar de rondón todas las cosas, pero es sospechoso decir siempre SÍ. En resumen, amigo Sancho, el No y el SÍ son breves en decir, pero piden mucho pensar.

No cargues todo el rigor de la ley sobre el delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo; y si acaso doblaras la vara de la justicia, que no sea con el peso del castigo sino con el de la misericordia.

(Pausa larga.)

Si has de castigar, castiga por igual al poderoso y al humilde, que, si los gobernados ven castigar con razón a los poderosos, viven contentos porque ven que la justicia es igual para todos.

Si alguna mujer hermosa te viene a pedir justicia, considera la sustancia de lo que pide, no de lo que ves. Y si has de castigarla, hazlo con el peso de la ley, no con malas palabras, pues le sobra con la pena sin la añadidura de los insultos o los desprecios.

(Ahora con fuerza, con ímpetu, pero lleno de matices.)

No agravies al culpado. Unir la clemencia con la severidad es digno de alabanza, pero a veces los graves males piden fuertes medicinas o no se curan. Muéstrate justo, pero piadoso y clemente. *(Resaltando mucho esta frase.)* Si esto cumples, tu fama será eterna, y tu felicidad, indecible.

(Pausa muy, muy larga. Don Quijote ha vuelto en sí; está más cercano y humano.)

Todo esto te digo para adornar tu alma. Escucha ahora lo que te ha de servir para adornar tu cuerpo.

(La solemnidad que ha presidido hasta ahora el discurso del caballero continúa ahora; pero asoman también unos ciertos tintes de ironía, humor y pueril enfado quijotesco. El discurso debe cambiar.)

Lo primero que te encargo es que seas limpio y que te cortes las uñas para que no se transformen en garras de cernícalo lagartijero, que las uñas largas no hermosean las manos, sino que las hacen ridículas y ostentosas. El razonamiento más autorizado es infeliz sin el aseo. Hombres de ingenio conocimos, pero tan desaliñados que antes merecieron desprecio que aplauso. Recuerda que los grandes hombres son recordados porque fueron cultos y también aliñados.

Será menester que te rapas las barbas a menudo, que según las tienes de espesas, aborascadas y mal puestas, si no te las rapas a navaja por lo menos cada dos días, a tiro de escopeta se echará de ver lo que eres.

No andes desceñido y flojo, que no parezcas un fantoche. Y anda despacio.

Habla con reposo, pero no de manera que parezca que te escuchas a ti mismo, que toda afectación es mala, y que más de un tonto muestra su majadería cuando abre la boca.

¡No comas ajos ni cebollas, para que el olor no muestre tu villanería! ¡Come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la cocina del estómago!

Sé templado en el beber, que el vino en demasía ni guarda secreto ni cumple palabra. *(Otro cambio brusco de tono. Clara regañina, que debe estar impregnada de comicidad, tanto por la expresión de don Quijote como por las caras y acciones de Sancho.)* Y ten cuidado, Sancho, ten cuidado en no mascar a dos carrillos ni erutar delante de nadie.

SANCHO.- Eso de “erutar” no entiendo.

DON QUIJOTE.- “Erutar”, Sancho, quiere decir “regoldar”, que es uno de los vocablos más torpes que tiene la lengua castellana. *(Con desprecio.)* ¡“Regüeldo”, Sancho, “regüeldo”! “Eruto” es más discreto, y tú vas a ser gobernador y debes hablar con discreción.

SANCHO.- Bien dice mi amo. No “regoldaré”, que lo suelo hacer muy a menudo.

DON QUIJOTE.- *(Con infinita paciencia, pero mostrando un cierto enojo.)* “Erutar”, Sancho, “erutar” que no “regoldar”.

SANCHO.- “Eru...”, “eru...”, “erutar” diré de aquí en adelante y a fe que no se me olvidará. *(Pensativo y esforzándose.)* “Erutar”, “erutar”, “erutar”. *(Muestra una alegría infantil y espontánea.)*

DON QUIJOTE.- *(Paternal y paciente.)* Bien, Sancho, bien. *(Pausa. Vuelve a mostrar su paciencia.)* Y, amigo, tampoco has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, y has de usarlos en su momento y en su sitio, que a veces los traes tan por los cabellos que más parecen disparates que sentencias.

SANCHO.- Eso sólo Dios lo puede remediar, porque sé más refranes que un libro, y se me vienen tantos juntos a la boca cuando hablo, que riñen unos con otros por salir y la lengua va arrojando los primeros que encuentra aunque no vengan a pelo. Pero yo tendré en cuenta de aquí en adelante decir los que convengan a la gravedad de mi cargo y al hilo de la plática, que “en casa llena presto se guisa la cena”; y “quien destaja no baraja”; y “a buen salvo está el que repica”; y “el dar y el tener seso ha de menester.”
casi

DON QUIJOTE.- *(Ya extremadamente furioso.)* ¡Eso sí, Sancho! ¡Encaja, ensarta, embute refranes! ¡Castígame mi madre! Estoy diciendo que hables con tino, y en un instante has echado aquí una letanía de ellos, que así cuadran con lo que estamos tratando como por los cerros de Úbeda y por la madre que te parió.

SANCHO.- No se enfade vuestra merced, que a veces soy algo torpe. Caso le haré, caso le haré, mi señor. *(Gran pausa. Don Quijote se tranquiliza y continúa su labor docente.)* Una de las cosas que haré será rondar, que es mi intención limpiar la ínsula de gente holgazana, que son los mismo que los zánganos en las colmenas. Pienso favorecer a los labradores. Y otro de los consejos que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy a menudo.

DON QUIJOTE.- *(Con paciencia infinita.)* “Erutar”, Sancho, que no “regoldar”.

SANCHO.- Señor, bien veo que todo cuanto vuestra merced me ha dicho son cosas buenas y provechosas, pero son tantas que necesito que se me den por escrito, y como casi no sé leer ni escribir con soltura, se las daré al cura que me las encaje y recapacite cuando fuera menester.

DON QUIJOTE.- ¡Ay, pecador de mí y qué mal parece en los gobernadores no saber leer ni escribir con presteza y de seguido! Porque has de saber, Sancho, lo que significan estas dos cosas: o que es hijo de padres demasiado humildes y bajos, o él tan travieso y malo que no pudo entrar en la buena doctrina. Así querría que aprendieras a firmar, a leer y a escribir correctamente para poder ser un buen gobernador.

SANCHO.- *(Con resolución y casi orgullo.)* ¡Ah, señor! Bien sé firmar mi nombre, que en mi lugar, aprendí a hacer unas letras que decían que decía mi nombre. Y leer y escribir puedo un poco... *(Pausa. Se queda pensativo y habla como si hubiera encontrado solución a un gran enigma.)* pero fingiré que tengo tullida la mano derecha y haré que firme otro por mí, que para todo hay remedio; que, siendo yo gobernador, “vendrán a por lana y volverán trasquilados”; y que “tanto tienes, tanto vales”... *(Pausa. Duda.)* ... y “del hombre arraigado no te verás vengado.”

DON QUIJOTE.- ¡Maldito seas, Sancho! ¡Sesenta mil satanases te lleven a ti y a tus refranes! Una hora ha que los estas ensartando y dándome tormento con cada uno de ellos. Dime dónde los hallas, ignorante, que para yo decir uno y aplicarlo bien, sudo y trabajo como si estuviera cavando.

(Silencio tenso y violento.)

SANCHO.- *(La humanidad de Sancho es estremecedora. Habla con gran y sabia lentitud.)* Señor, si a vuestra merced le parece que no valgo para este gobierno, desde ahora lo dejo. Que mejor Sancho a secas con pan y cebolla, que Sancho gobernador con perdices y capones. Y más que dormidos todos somos iguales: los grandes y los menores; los ricos y los pobres; los letrados como vuestra merced y los ignorantes como yo. Y si vuesa merced imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno.

(Silencio lento, largo y solemne. Los dos personajes se miran.)

DON QUIJOTE.- Por Dios, Sancho, que sólo por estas últimas razones que has dicho mereces ser gobernador de mil ínsulas por el buen natural que tienes. Eres ignorante, pero eres bueno, y los buenos son más justos que mil gobernadores maliciosos. Y vamos a comer, que estos señores aguardan.

(Cuando van a salir de escena, se oye un gran alboroto. Entra gritando una mujer forcejeando con un hombre y otros vestidos de alguaciles.)

MUJER.- ¡¡¡Justicia, señor, justicia!!! Este hombre me ha cogido en el campo y se ha aprovechado de mi cuerpo. Yo estaba entera, y vino este hombre y me manoseó. Desdichada de mí que se ha llevado lo que tenía guardado veintitrés años como la lana entre las zarzas.

SANCHO.- *(Superando la sorpresa y mirando a don Quijote como pidiéndole permiso para intervenir.)* Y, si es así, vuestra merced ¿qué tiene que decir?

GANADERO.- *(Lloriqueando, indefenso.)* Señor, yo soy un pobre ganadero de cerdos, y esta mañana vine a este lugar con ánimo de vender cuatro puercos (con perdón sea dicho), lo cual hice, aunque recibí pocos dineros. Volvíme a mi aldea, topé en el camino a esta dueña, y el diablo, que todo lo enreda, hizo que, tras una plática, holgásemos juntos de común acuerdo. Paguéle lo suficiente, y ella, mal contenta, me asió y no paró hasta traerme a este pueblo. Dice que la forcé, pero miente: lo juro. Y esta es toda la verdad sin faltar una palabra.

SANCHO.- *(Pensativo y circunspecto.)* ¿Trae vuesa merced algún dinero en monedas de plata?

GANADERO.- Sí, señor. Lo que me dieron por los cerdos.

SANCHO.- *(Autoritario.)* Saque toda la plata.

GANADERO.- ¿Toda, señor? Mire vuesa merced que son las ganancias de los puercos y tengo familia.

SANCHO.- ¡Deme toda la plata!

GANADERO.- *(Saca una bolsa llena de monedas y la muestra a Sancho.)* Aquí está la plata.

SANCHO.- Dásela a la mujer.

GANADERO.- Pero, señor...

SANCHO.- ¡Entrégasela! *(El ganadero se la entrega a la mujer, que saca una moneda para comprobar si es de plata, y, con una sonrisa, se mete la bolsa en el escote.)* Mujer, puedes irte. Tu honra está cumplida. *(Sale la mujer corriendo y satisfecha. El Ganadero queda con cara de asombro y pena. Sancho dice al Ganadero tras unos instantes.)* Buen hombre, id tras la mujer y quitadle la bolsa aunque no quiera, y volved aquí con ella.

(Sale corriendo el Ganadero. Hay un alboroto general. Al cabo, vuelven ambos, Mujer y Ganadero, otra vez luchando y porfiando por la bolsa que aún lleva la mujer en el escote.)

MUJER.- ¡Justicia de Dios y del mundo! Mire vuestra merced la poca vergüenza de este desalmado, que me ha querido quitar la bolsa que vuestra merced mandó darme.

SANCHO.- ¿Y os la ha quitado?

MUJER.- *(Con descaro y desvergüenza.)* ¿Cómo quitar? Antes me dejara yo la vida que quitarme la bolsa. *(Mira hacia los presentes como luciéndose.)* ¡Bonita soy yo! ¡Otros gatos me han de echar a las barbas, que no este asqueroso! ¡Tenazas y martillos no serían bastantes a sacármela de las manos!

GANADERO.- *(Con pena y cierta sumisión.)* Ella dice verdad, y yo me doy por vencido y confieso que no tengo fuerzas bastantes para quitársela. No puedo.

SANCHO.- *(A la mujer con sorna.)* Valiente y honrada mujer, préstame la bolsa. *(La Mujer se la da y Sancho la coge y queda con ella en la mano y pensativo.)* Hermana mía, si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa lo hubieras mostrado para defender vuestro cuerpo, ni Hércules lo hubiera conseguido. *(Ya con autoridad y con ira.)* Andad con Dios y no pares en este lugar ni en seis leguas a la redonda, que si no lo cumplieres, pediré a la autoridad os den 600 azotes por mentirosa, por desvergonzada y por mala mujer. *(Al Ganadero.)* Y vos andad con Dios y con vuestro dinero, y procurad no os venga en voluntad yacer con gente oscura, que hay malas mujeres como malas hierbas. *(El Ganadero, atribulado y contento, coge la bolsa con el dinero, besa las manos a Sancho y marcha corriendo.)*

DON QUIJOTE.- *(Que ha estado presente en la escena, queda atónito y dice con ternura y admiración a Sancho.)* Sancho amigo, cuando espero muestras de tus descuidos e impertinencias, veo tus grandes discreciones y tus hechos de justicia y seso; cuando pienso, Sancho hermano, que te vas a despeñar de tonto, sales con unas discreciones que se levantan al cielo. Has sacado la espada de la sabiduría. Has obrado como padre de virtudes y padrastro de mentiras. Que Dios te guarde esa manera de proceder, porque en verdad en verdad te digo, amigo Sancho, que nunca vi tal sabiduría en un hombre. Mi buen Sancho, Dios te dé larga vida. Bien quisiera que todos los gobernantes fueran como tú, amigo Sancho. Bien quisiera que todos los gobernadores tuvieran tu bondad: los pueblos serían más felices, vivirían en paz y dormirían tranquilos. Tienes alma de hombre y no de lobo, como algunos que no sirven a la república sino a su alforja. ¿Ves, Sancho? Hay que ser bueno como tórtola y astuto como zorro. No todos los hombres pueden ser gobernadores, y tú, porro a veces, has mostrado más sabiduría que Catón, y has puesto el saber en aplicar la justicia, no en enriquecerte como hacen otros ministros, o alcaides, o gobernadores. Te arrimaste a mí para aprender y hoy me siento contento de verte. ¿Ves, Sancho, como las hazañas de la caballería te han llevado a buen puerto? Me place, hijo mío, me place y se me llenan los ojos de lágrimas al verte bueno, honrado y sabio. Vive muchos años, Sancho hermano, Sancho discreto, Sancho bueno. *(Pausa. Don Quijote se recupera de su sorpresa.)* Y vayamos ahora a comer, que nos esperan los duques nuestros señores.

SANCHO.- *(Jubiloso y glotón, tocándose la barriga.)* Eso, eso: a comer. A llenar mi panza. *(Sale corriendo a por su comida. Le siguen todos los demás.)*

(Don Quijote ha quedado solo en escena, mirando a los que se van, todavía con cara de sorpresa y satisfacción por las acciones de Sancho, que se ha ido sin dar importancia a lo ocurrido. Hay en él algo de ingenuidad y alegría; una especie de nostalgia no compartida por el trabajo bien hecho de su escudero.)

DON QUIJOTE.- Dios te bendiga, Sancho, Dios te bendiga porque has aprendido a gobernar en la escuela de la misma Justicia. Ojalá en los tiempos venideros vivan muchos hombres como tú y te admiren como yo te admiro, y te conozcan como yo te he conocido; que sepan que abandonaste tu casa y tu familia y viniste a los campos también a procurar justicia para los menesterosos. Bien he visto que tú no serás gobernador para tener riquezas ni honores sino para ayudar a los pobres y a los justos como yo te he enseñado. Ojalá no te olviden los que quieren ser buenos, los jueces, los poderosos. Ojalá aprendan de ti los que vayan a regir los destinos de la

república. Que aprendan todos de ti. Que tus actos queden escritos en letras de oro. Que escuchen tus palabras papas, reyes y emperadores. No importa que las haya dicho un pobre criado. No importa. Tus palabras quedarán, y tú, con ellas, serás un ejemplo a seguir. En verdad, en verdad, amigo Sancho, que nunca un caballero andante tuvo un escudero como tú, y así de nosotros hablarán los siglos venideros. Los siglos venideros, los siglos venideros...

(Se va haciendo un oscuro muy lentamente.)

FIN